

**LA CÁMARA DE REFLEXIONES Y EL DESPERTAR  
DE LA CONSCIENCIA.**



*M.:M.: Aldo Rojas*

La presente plancha pretende abordar el tema de la cámara de reflexiones y la relación simbólica con el despertar de la consciencia, para lo cual las presentes líneas otearan el horizonte de un tema que posee en sus entrañas las más variadas y ricas interpretaciones.

Como bien es sabido, el referido cuarto deberá ser “decorado lúgubrememente... pintado de negro, figurando una gruta sepulcral, rodeado de los símbolos de la destrucción y de la muerte. Habrá una mesa cubierta con un mantel negro, *alumbrada por una vela...*”<sup>1</sup>

En este orden de ideas, la vela como objeto material evoca la luz divina, el poder del elemento fuego, un estado de iluminación. Despierta un canal de comunicación con la espiritualidad representado en el séptimo precepto de la Tabla de Esmeralda: “separa la tierra del *fuego*, lo sutil de lo burdo, pero sé prudente y circunspecto cuando lo hagas”.<sup>2</sup> (Cursiva propia).

La mencionada espiritualidad está referida a la esencia divina, inmortal y eterna, a ese pequeño fragmento del ser omnipresente y omnipotente que reina en el cuerpo físico. Es la razón misma de la existencia representada en ese fragmento de Dios dentro del ser.

La elevada frecuencia electromagnética generada por la llama de la vela, aparentemente nimia en la profundidad de la oscuridad del cuarto de reflexiones, lleva implícita un lenguaje oculto de prolija riqueza mística dentro de la masonería.

En este sentido, todo hijo de la viuda debe en el transitar de su vida buscar la vía que le permita devastar las barreras materiales que imposibilitan acceder al pórtico de entrada del templo de la sabiduría, por medio del encuentro con la luz de la verdad de su propio espíritu y que se traduce en la máxima: “conócete a ti mismo”.

---

<sup>1</sup> Gran Logia de la República de Venezuela. Ritual del grado de Aprendiz, Primer Grado del R.:E.:A.:A.: y Liturgias de Ceremonias, p. 21.

<sup>2</sup> Hermes Trimegisto. Tabla de Esmeralda.

Ciertamente puede entenderse que el llanto de esa vela representa, a priori, la culminación de un ciclo de vida para posteriormente dentro del elemento tierra proceder al nacimiento de una nueva existencia. Esta transmutación espiritual igualmente está representada dentro de la cámara con el elemento *sal*, que funge como estabilizador de las fuerzas activa y pasiva del azufre y el mercurio, respectivamente.

Pero igualmente al erigirse como la única fuente lumínica reinante en el marco de esas penumbras, esa llama de luz expresa la necesidad que tiene todo iniciado de encontrar la meta máxima consistente en la conjunción del alma con el espíritu, para lo cual es vital cultivar el alma otorgándole inteligencia y **consciencia**.

No puede suscitarse una regeneración espiritual y un encuentro cierto con la chispa divina reinante en cada uno de nosotros, si ese estado de consciencia no es procurado y alcanzado; para lo cual se debe trascender sobre aquellos hechos fútiles que entretienen a toda persona de esa búsqueda trascendental y que se encuentra plasmado en el reloj de arena, como recordatorio del tiempo cuyo dueño Saturno, en su ancianidad, faz triste y cabeza encorvada va devorando a sus hijos, significando que ese tiempo engulle los días, meses, años y siglos a medida que los produce.

Desafortunadamente el ser humano es débil, falto de voluntad y estabilidad, por lo cual es asediado constantemente por deseos, ambiciones, orgullo, vanidad, odios y diversas pasiones que cierran el camino a más elevados logros. Lúgubres calabozos se van construyendo para el espíritu que es arrastrado por la materia bestial, irracional y pasional a cometer actos que van en contra de sus deseos de majestuosa elevación.

En razón a lo anterior expuesto, el espíritu se ve obligado a servir al cuerpo tras haber sido desvaído y desplazado de la consciencia humana por los deseos egoístas de la materia que procura saciar las ansias propias de su caída condición.

Por ello el abuso de las satisfacciones puramente materiales como comer, beber, dormir y todas aquellas que basan su disfrute en el envilecimiento de los

sentidos deja una severa insatisfacción interna, que es la respuesta del espíritu cuando se ve arrastrado a la construcción de actos que entran en pugna con su excelsa condición.

Cada una de estas necesidades materiales va construyendo su propia individualidad y conviviendo con la persona, con su creador material, y en este ominoso desfile se entreteje el espeso velo de Isis que imposibilita la exteriorización del espíritu. El hombre más ruin es aquel cuyo centro de vida se encuentra únicamente en el cuerpo físico.

Bajo este panorama pocas vías le van quedando al espíritu para desplegar su gloriosa esencia, que es la única verdadera, dentro del plano consciente.

En razón a lo anterior expuesto, el M.: debe encontrar en la luz generada por la cera que se funde y que se encuentra abrazada por la materialidad representada en la oscuridad reinante del cuarto de reflexiones, la imperiosa necesidad de abarcar su vida con las más nobles cualidades, guiadas por la razón, que le posibiliten liberarse de sus demonios, independizarse de los metales y guiar la inmortalidad de su alma en el despertar de su consciencia.